

NOVENA POR LAS VOCACIONES OBLATAS 2016



INTRODUCCIÓN

Los cimientos son la base sobre la que se levanta la construcción de una nueva casa para que viva una familia. Nuestra casa tiene sus cimientos en la comunidad formada por San Eugenio y sus primeros compañeros. De la misma forma que una familia se abre a la llegada de los hijos para que crezca su amor originario, también hoy nosotros podemos seguir construyendo nuestra casa fundándola sobre los mismos cimientos y prepararnos para el futuro.

Los Oblatos que Dios querrá enviar un día tras los pasos del Fundador siguen ahí, en el mundo; algunos de ellos ya los conocemos pero otros son sólo conocidos por Él. El Espíritu Santo los está preparando en el secreto de su corazón. En ellos, se dan aquellos rasgos personales que les hacen a unos iguales a los otros y que, en cierta forma, les identifica con los rasgos típicos y con el estilo propio de nuestra familia. Cuando nos encontremos con ellos, en su corazón, al ver lo que nos distingue, se sentirán como en casa.

Tenemos pues la tarea y el deber de mantener vivos y nítidos aquellos aspectos que nos identifican y hace que seamos reconocibles, mientras seguimos la invitación del Señor que nos pide orar al Dueño de la mies para que envíe trabajadores a su mies.

Esquema temático de la novena:

1. **Elecciones:** *el recuerdo de mi vocación*
2. **Apasionado:** enamorado de Cristo y del ser humano – *Hombres de corazón*
3. **Auténtico:** autenticidad; transparencia de corazón; amor por la verdad; obediencia a la verdad – *Hombres de la verdad*
4. **Con hambre y sed de justicia:** una mirada llena de compasión por las miserias humanas y en el curso de la historia del hombre – *Con la mirada de Eugenio*
5. **Amigo de los pobres:** *Ministros de la misericordia*
6. **Humilde:** una característica Mariana – *Oblatos de María*
7. **Fraterno:** abierto al compartir y a la Caridad recíproca – constructores de la vida común – *Hombres de comunidad*
8. **Lleno de celo:** sensible al soplo del Espíritu que nos dirige – *Dedicado a la misión*
9. **Audaz:** el reto del misionero – *Lo intentan todo*

Cada paso de la novena tiene la misma estructura:

- Introducción
- Oración Inicial
- Escucha de la Palabra de Dios
- De los escritos de S. Eugenio
- Breve meditación
- Oración Final

Primer Día

ELECCIONES

El recuerdo de mi vocación



Introducción

Este día está dedicado a la historia de Dios en nuestra vida. Esta historia comienza con la mirada de Dios Padre que surge de lo más profundo de su corazón y reposa sobre todo lo que somos, sobre nuestro ser más íntimo, sobre todo cuanto albergamos en nosotros: nuestra forma de ser, cuanto en nosotros hay de bondad, justicia y belleza, y de la forma más misericordiosa, sobre nuestras debilidades y pecados. Siguiendo el rayo de esta mirada, hallamos en nosotros mismos al hijo que vino al mundo y está en el mundo. Pensamos así en nuestra familia y en la gente que hemos encontrado, y en los Oblatos que nos han traído hasta aquí. Hoy, nosotros hemos pasado a ser mediadores para con otros, para otros hijos de Él que vendrán, como pasó con nosotros. Hoy necesitamos volver al inicio. Volver a aquel momento para convertirnos en mediadores, para ser el lugar por el que otros pasarán a medida que les llame el Señor, como hizo con nosotros. Debemos orar para que esto suceda de nuevo, aquello que un día recibimos podría ser dado una vez más.

Debemos recordarlo siempre, aun cuando ya no podamos hacer nada, aun cuando parezca imposible, cuando nadie parece interesarse por nosotros y podría parecer que no tenemos ya nada que ofrecer, siempre nos quedará un corazón capaz de orar para que la mies no cese, la cosecha seguirá dando pan, el pan necesario (cf. Mat 6, 11), Su cuerpo sediento de amor, para la mesa de los pobres.

Oración inicial

Señor, envía sobre mí y sobre nosotros tu Espíritu Santo, el Espíritu de los recuerdos, que me lleva a aquellos días ya pasados, cuando tu mirada amorosa me iluminó, cuando mi corazón estaba aún libre de tantas complicaciones y conceptos que me han hecho duro y sordo; cuando yacía mi futuro ante mí como en un sueño por realizar; cuando todo era posible, fácil, importante y elegí seguirte siempre. Por una feliz coincidencia que no sabría explicar, llegué a conocer a un oblato, una comunidad oblata. Ayúdame a comprender de nuevo que eres Tú quien ha trazado el camino que me condujo a aquel encuentro. Señor, no dejes que los disgustos y la fatiga oscurezcan este recuerdo, al contrario, que tu Espíritu haga que lo reviva; haga que me encuentre conmigo mismo, tal y como soy, tal y como tú me viste a mí en aquel día.

La Palabra de Dios

Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. (Marcos 3, 13)

De los escritos de San Eugenio

Me tenía por un alma sensible creada por Dios con un corazón tierno, amoroso, generoso [...]. He recorrido así las diferentes situaciones en que el Señor me ha colocado, entre las cuales las hay que recordándome la bondad de Dios, me hacen ver claramente que su conducta para conmigo es una conducta de predilección, entre otras haberme hecho pasar tres años bajo la dirección habitual de un santo sacerdote, muerto en olor de santidad, y al que había dado para mí un corazón de hermano, tanto me amaba.

Me he entregado a estas consideraciones, porque he considerado esas gracias como una continuación de la creación, como si dios, después de haberme formado, tomándome de la mano me hubiese colocado así, sucesivamente, diciéndome : te he creado para que me ames, para que me sirvas, etc.; hago más : débil criatura como eres, te coloco allí y allá, para que logres ese fin más fácilmente, sea por la ayudas que esas si te logres ese fin más fácilmente, sea por las ayudas que esas situaciones te dan, sea por los motivos que deben sugerirte.¹

(Mi alma) debe bendecirlo en cada momento del día por haber querido echar una mirada misericordiosa sobre ella, una de esas miradas poderosas que producen cosas tan grandes.²

Considero que mi elección es una elección de misericordia y de insigne predilección.³

Para la meditación

Recuerdo cuando sentí aquella llamada, aquella voz interior, la atracción que me movió a pertenecer a Cristo para siempre, a tenerle sólo a Él. ¿Qué creo que pudo ver en mí en aquel momento? ¿Qué vínculo se creó entre mi ser y el Suyo, entre mis deseos y Sus palabras y acciones, entre lo que creí y lo que Él previó para mí? También recuerdo cuando conocí a los Oblatos o a aquellos oblatos que me fascinaron, o quizás tan sólo me hicieron cuestionarme ciertas cosas. ¿Qué había en él y en ellos que hiciera surgir en mí el deseo de compartir mi vida con ellos? ¿Qué creo que tenemos hoy en común?



Oración final

Padre, tú sabes todo sobre mí, tú conoces mi corazón y sabes que te amo. Tú me has llevado de la mano allí donde jamás habría pensado ir; has consolado mi corazón cuando nadie encontraba palabras para hacerlo y me has dado hermanos a los que amar, con los que me he sentido amado y aceptado. He caminado con ellos; con ellos he experimentado la alegría y la tristeza como en cualquier familia. Es verdad que a veces me he sentido frustrado, incomprendido, abandonado, pero siempre he encontrado a alguien que me ha mostrado la forma de regresar. Así es como hemos proclamado Tu Reino; Nos hemos hecho cercanos a tanta gente que pusiste en nuestro camino, como San Eugenio nos enseñó. Hoy estoy aquí para mirar al futuro y orar; estamos aquí juntos. Llama a aquellos que quieres para ti, aquellos a quienes conoces bien, y envíalos a tu mies, con nosotros, en nuestra casa, la que Tú has fundado con la primera comunidad Oblata. El mundo los necesita; no nos dejes solos. No permitas que se apague esta brillante lámpara que un día encendiste y que no siempre he cuidado a causa de mis fallos, mi miedo, buscando estar cómodo con mis cosas insignificantes. Señor, sigue enviando oblatos al mundo, en tu Iglesia, entre los pobres.

Dios omnipotente y eterno, que, sin mérito alguno mío, por pura misericordia, me llamaste al servicio de tu Hijo en la Congregación de la Inmaculada Virgen María, humildemente te suplico, por los méritos y la preciosa sangre de nuestro Salvador, y por la intercesión de la Virgen concebida sin pecado y de todos mis santos patronos, que me concedas la gracia de mantenerme fiel a esta santa vocación.

(S. Eugenio)

¹ Notas tomadas durante el retiro hecho en Amiens, Diciembre de 1811. En E.O. I, 14, n. 95.

² Propósitos tomados durante el retiro hecho al ingresar en el seminario en octubre de 1808. En E.O. I, 14, n. 28.

³ A la Sra. de Mazonod en Aix, 11 Oct. 1809. En E.O. I, 14, n. 61

Segundo Día

Apasionado

Hombres de Corazón



Introducción

Este día está consagrado a redescubrir el corazón apasionado de Eugenio. Los jóvenes saben ser apasionados, pero también los adultos y los ancianos que han sabido conservarse jóvenes por dentro. Los jóvenes buscan la aventura en las sendas de la vida, una vida que quieren construir según sus esperanzas y puntos de vista, y en todo lo que hacen saben cómo ser y vivir con pasión. Son como árboles que se yerguen hasta el cielo, hacia la belleza del mundo.

El joven Eugenio también actuó en todo con pasión y fue ésta la que le llevó a dejarse cautivar completamente por Cristo. Lo descubrió y volcó en Él las cualidades afectivas de su corazón. Vio la generosidad y comprensión con la que Él se entregó a la humanidad y con la que luchó, Su amabilidad y comprensión para con los pobres y pecadores, Su preocupación ante los sufrimientos y cómo, precisamente de esta forma, reveló el corazón apasionado y misericordioso de Su Padre.

Para esto, Eugenio no pidió a Cristo otra cosa que amarle a Él, no sólo con sus fuerzas, sino con el mismo amor con que Dios se ama a Sí mismo, con el corazón de Dios, y al hacerlo, se dejó transformar íntimamente hasta convertirse en un padre extraordinario.

Cuando los primeros jóvenes encontraron a Eugenio, vieron en él un corazón como el de Jesús. Aún hoy, los oblatos queremos seguir siendo, como él, “hombres de corazón”. Cuando la gente nos encuentra, deberían seguir viendo en cada uno de nosotros a “alguien apasionado de Cristo y de la Iglesia”, sigue brillando en la tierra un reflejo de la paternidad del cielo.

Oración inicial

Dame, Señor, Tu Espíritu; derrama sobre mí y sobre nosotros el Espíritu de Amor. Señor, ayúdame a aprender de Ti una vez más que eres pobre y humilde de corazón; que llamas bienaventurado al limpio de corazón y que sientes tristeza cuando ves que tus amigos se han vuelto tibios. Llama, una vez más, a las puertas de mi corazón y cena conmigo (cf. Ap 3, 20); siéntate junto a mí y deja que te abra cada fibra de mi ser para que puedas hacer brotar también de mí, una vez más, ríos de “agua viva” (cf. Juan 7, 38). Dame un corazón nuevo, que sea joven y apasionado. Graba de nuevo en él tu ley y haz que la siga completamente, sin medias tintas, sin compromisos, como hice en los primeros días de mi amor.

La Palabra de Dios

Conozco tus obras y no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! (Ap 3, 15)

De los escritos de San Eugenio

Amo con pasión a aquellos que creo me aman, pero deben amarme apasionadamente. [...] Doy en proporción de lo que creo poder recibir. San Agustín es uno de los hombres [...] que yo más quiero porque tenía un corazón del temple del mío: sabía amar.⁴

Es el temple del corazón que me ha dado, esta expansión de amor que me caracteriza y que se extiende sobre cada uno de ellos sin detrimento para los otros, como ocurre, me atrevo a decirlo, con el amor de Dios para con los hombres.⁵

⁴ *Retrato de Eugenio, para el Sr. Duclaux.* En E.O. I,14, n. 30

⁵ *Al P. Mouchette, en Montolivet,* 2 de Diciembre de 1854. En E.O. I, 11, n. 1256

He dicho frecuentemente a Dios que ya que me ha dado un corazón de madre e hijos que merecen por tantos títulos mi amor, es necesario que me permita amarlos sin medida.⁶

Para la meditación

La forma apasionada en que vivió Eugenio me fascina. Se decía: “sólo vivo por el corazón”⁷. A veces mis sentimientos me asustan, pero mi vida es tan árida cuando no sigo los impulsos íntimos de mi corazón y sigo designios y procedimientos, diciéndome a mí mismo: “De todas formas, ¿de qué sirve?”

Recuerdo cuando empecé mi vida con los oblatos, cómo me sentí lleno de amor, de pasión. Si pienso en Jesús, veo que me amó con todo Su ser. Un día, mirando a la multitud, no disimulaba sentirse conmovido en lo más íntimo de su ser, como una madre ante las debilidades de sus hijos. Desde entonces, ha seguido buscando y llamando a jóvenes apasionados, como a los “hijos del trueno”, como a Pedro.

Eugenio sabía que él era uno más de ellos y no tenía miedo de decir que no había en la tierra nadie más como él “a quien Dios ha concedido el favor de amar tan tiernamente, tan fuertemente, tan constantemente a tan gran número de personas”.⁸

Jesús sigue buscando hoy a esos “hombres de corazón”; sin saberlo, siguen el mismo camino de Eugenio y afrontan el dolor y el gozo de amar sin medida. Hoy debo preguntarme si aún me cuento entre ellos, o si quizás he dejado de lado los recursos de mi corazón, como la persona que escondió el único auténtico talento que el Señor le había dado para que lo multiplicase.

Oración final

¡Oh Señor! Que lloraste ante la tumba de tu amigo Lázaro, que se indignó ante la injusticia y la hipocresía, que amaste a tus amigos en el mundo hasta el final, enséñame una vez más a amar con todo mi ser, sin reservas, a no rendirme cuando me enfrento con la indiferencia o la incompreensión. Dame también, danos un corazón de padre, de madre, apasionado y sensible como el de Eugenio.

Que contemos entre nuestras filas con jóvenes que respondan como él con generosidad a tu llamada y a tu amor. Suscita en ellos la pasión por lo bueno, lo justo, lo verdadero, ese amor fuerte y fiel tan característico suyo. Haz de nosotros hombres de corazón en este mundo.

Dios mío, duplicad, triplicad, centuplicad mis fuerzas, para que yo te ame no sólo en cuanto soy capaz de amarte, que eso no es nada, sino que te ame tanto como te han amado los santos, como te amó y te ama su Santísima Madre.

(San Eugenio)



⁶ Al P. Mouchette, en Montolivet, 22 de Marzo de 1857. En E.O. I, 12, n. 1345

⁷ Al P. Vincens, en N.D. de l'Osier, 9 de Noviembre de 1853. En E.O. I, 11 n. 1187

⁸ Al P. Dassy, en Burdeos, 10 de Enero de 1852. En E.O. I, 11 n. 1095

Tercer Día



AUTÉNTICO *Hombres de la Verdad*

Introducción

A veces, puede ser perturbador vernos como San Eugenio se vio a sí mismo. Estamos acostumbrados a verle como alguien orgulloso de su nobleza. Cuesta pensar que realmente fuera aquel pecador, aquel traidor, aquel ingrato, tal y como se describe a sí mismo ante Dios en sus retiros de juventud. Y sin embargo, fue precisamente así. No podemos suavizar sus expresiones; debemos admitir que se convirtió, gracias al tiempo y a la gracia, en una persona *de verdad*, hasta el final. Vio en sí mismo, a la luz de la verdad, que sólo el amor de Dios puede brillar en nosotros sin llegar a consumirnos.

Necesitamos comprender lo que somos: somos hijos que continuamente abandonan la casa del Padre, pero que siempre vuelven a su abrazo, cada vez más convencidos de que sin Él no somos nada. Debemos reconocer que sólo desde Su Misericordia somos de verdad inmensamente ricos, poniendo a Su servicio cada uno de nuestros talentos, cada logro, ofreciendo como Eugenio cada acto sólo para Su gloria, y que todo aquel que busca la verdad y nos ve, nos vea como sus compañeros de viaje.

Oración inicial

¡Oh Dios! Derrama en mí, en nosotros, Tu Espíritu, el Espíritu de la Verdad. Mírame de nuevo con aquellos ojos Tuyos, tan llenos de misericordia y comprensión capaces de apreciar quién soy, de tomar mi pobreza, mi debilidad junto con toda la belleza que pusiste en mí. Ayúdame en todo momento a confiar en Tu gracia y verme a mí mismo más como Tú me ves a mí.

Que Tu verdad me haga libre de nuevo, auténtico, recién surgido de Tus manos, aquellas manos que me formaron e hicieron de mí un hombre nuevo, auténtico, no lo que yo he hecho de mí.

La Palabra de Dios

Cuando Jesús vio a Natanael, que venía hacia él, comentó: “Este es un verdadero israelita, en quien no hay doblez alguna” (Juan 1, 47)

De los escritos de San Eugenio

Si alguien tuviera una mayor necesidad de redención que yo, pobre pecador, criatura ingrata tanto tiempo rebelde, le permitiría tal vez creerse más obligado que yo al Salvador Jesús por haberle rescatado. Pero como dadas las gracias que me han sido hechas y que he profanado, y a pesar de las cuales he pecado, me reconozco como el hombre para quien la redención era la más necesaria.⁹

Para la meditación

Tengo que ser más sincero, auténtico conmigo mismo y con los demás. No debo hacer nada para aparentar, por hacer que los demás reparen en mí. No cambia nada si los demás son más distinguidos, más apreciados, alabados. Debo centrarme sólo en restañar lo que el Señor vio en mí al comienzo y que debo siempre desarrollar y permitir que se haga realidad. Si hago de mí un yo diferente,

⁹ Notas tomadas durante el retiro hecho en Amiens, Diciembre de 1811. En E.O. I, 14. n. 95.

quienquiera que encuentre y esté buscando, aún sin saberlo, la senda trazada por Eugenio tras las huellas de los apóstoles, no me reconocerá, pasará de largo y seguirá su búsqueda en otro lugar.

Debo caminar sólo hacia el Señor, que me llama tal y como soy. Él me conoce, me vio en primer lugar, en aquel momento de Verdad conmigo mismo (cf. Juan 1, 48) y me amó precisamente por eso y no por mis habilidades. No tengo que hacer ninguna otra cosa; no necesito hacer nada especial ni extraordinario. Debo vivir sólo desde el agradecimiento de haber sido amado y liberado de mí mismo.

Oración final

¡Oh María! Hoy me vuelvo a ti, que no tuviste miedo de revelarte a los ojos de Dios como la más pequeña y fuiste, sin embargo, amada por él precisamente por eso y por nada más. Tú sabías que en su momento, todos los que como tú, son auténticos, te reconocerían como bendita y te querrían como su amiga y compañera de viaje.

También San Eugenio, bajo la fachada de su fortaleza, escondía un pequeño corazón de niño, un corazón con el que, cuanto te encontraba, te “sonreía”. Aún sin darse cuenta dejó que le inspirases cuando fundaba una comunidad que siguiera el plan misericordioso de tu Hijo, bajo tu protección y guía.¹⁰

Ayúdame a ser auténtico, sinceramente verdadero, agradecido, como los apóstoles que fueron enviados a dar gratis lo que habían recibido gratis y nada más.

Haz una vez más que muchos jóvenes te conozcan, jóvenes que buscan la verdad, que no quieren ser hipócritas ni falsos, que aman lo que es verdadero y esencial, como Eugenio. Sonríeles también a ellos, Madre Inmaculada; anímales a unirse a los Oblatos, tus misioneros en tu mundo, el mundo ocupado por los pequeños y los pobres.

*Verdadera Madre del Salvador,
Madre adoptiva de los pecadores,
sostenme en tu regazo maternal,
con tu compasión.*

(Usada por San Eugenio al comienzo del día)¹¹



¹⁰ Al P. Tempier, en *N.D. du Laus*, 15 de Agosto de 1822. En E.O. I, 6, n. 86

¹¹ J. Pielorz, *La vida espiritual de Mons. de Mazenod...* pp. 58-59

Cuarto día

CON HAMBRE Y SED DE JUSTICIA

Con la Mirada de Eugenio



Introducción

El carisma oblato es por encima de todo “una mirada de amor y de fe que se fija en el mundo y en la Iglesia.”¹² Al igual que Jesús, conmovido al ver a la multitud que andaba errante como oveja sin pastor, también Eugenio se sintió conmovido al ver a la gente de su tiempo y, proféticamente, de nuestro tiempo, presas del primero que llega, prometiéndole ilusiones y falsedades, tan propensos a deambular.

Como en el amor, todo comienza con una mirada. Todo comienza con la atenta observación que llega a capturar algo que los demás no ven, en el centro, en lo profundo. Eugenio miró el mundo que le rodeaba y se dejó cuestionar por las “necesidades de salvación” que vio en aquellos que encontraba. Como a tantos otros jóvenes, le movía el hambre y la sed de justicia que Dios quiere y que hace que el mundo y la vida sean bellos y que nosotros seamos hijos y hermanos entre nosotros y no usurpadores de los derechos de los otros. No podía soportar ver cómo aquellos que estaban en el gobierno, incluso hombres de Iglesia buscaban antes sus propios intereses en detrimento de los pobres. Para esto se sintió interpelado personalmente al ver a los excluidos, los escondidos a los ojos del mundo, los pobres desconocedores de su propia dignidad pisoteada, abandonados a su suerte por aquellos que deberían haber sido sus pastores.

Su hambre y sed de justicia no fue, sin embargo, sólo para los otros, también le obligó a ser, antes de nada, honesto consigo mismo, incapaz de doblar la cabeza ante cuanto consideraba incorrecto o ante lo “políticamente correcto” que a menudo envenena las relaciones humanas.

Oración inicial

Señor, envíame, envíanos, tu Espíritu de Santidad, el Espíritu Paráclito, el Consolador.

Envíale a Él, que viene cuando un corazón Le clama y Le pide que vuelva.

Envíale cuando vea en torno a mí tantas injusticias que parecen persistir contra los pobres, los honestos, los indefensos.

Envíale cuando vea que alguien ataca, usa o explota a su prójimo.

Envíale una vez más; no dejes aletargarme, satisfecho de mi vida tranquila; dame más hambre y sed de Tu misericordiosa justicia, y ayúdame también a luchar para que la hermandad, el respeto por la dignidad de cada persona, el compartir y el desinterés puedan volver a reinar en nuestras relaciones y entre aquellos a los que somos enviados.

Envía Tu Espíritu para que pueda desear aún más ardientemente que Tu Reino venga, que Tu Voluntad se haga y que yo pueda conocer cómo amar también a mis enemigos; limpia mis manos de la venganza y aparta de mí el orgullo para que me convierta yo mismo en esa persona justa que durante tanto tiempo he esperado encontrar en los demás.

La Palabra de Dios

Buscad ante todo el Reino de Dios y Su justicia. (Mt 6, 33)

¹² Cf. F. Jetté. *Il missionario oblato di Maria Immacolata*. Frascati 1989, p. 32

Os digo que si no sois mejores que los maestros de la ley y los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. (Mt 5, 20)

Nosotros, sin embargo, según la promesa de Dios, esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva, en que habite la justicia. Por tanto, queridos, mientras esperáis estos acontecimientos, procurad vivir en paz con Dios, limpios e irreprochables ante él. (2 Pe 3, 13ss)



De los escritos de San Eugenio

¿Qué será de vosotros pobres, mendigos, obligados por la injusticia de los hombres o por el rigor de la fortuna a solicitar vuestra mezquina subsistencia, a mendigar, molestando, el pan que necesitáis para mantener vuestra existencia? El mundo os mira como el deshecho de la sociedad, insoportable para sus ojos que vuelve a otra parte para no tener que apiadarse de vuestra situación que no quiere aliviar.¹³

Se diría que la Providencia se ha equivocado de siglo haciéndome nacer en este, con las disposiciones, y, si queréis, las cualidades que hacían falta para hacer grandes cosas hace doscientos años. No sé pactar con el error, la mentira y la impiedad. Soy hombre de abnegación; pero la franqueza de mi carácter y mi rectitud en todo cuanto emprendo me impiden andar con rodeos, como necesariamente hay que hacer para triunfar cuando se ha de tratar con gentes que no quieren sinceramente el bien, y que sólo se prestan a él por política.¹⁴

Para la meditación

Lo que Eugenio vio fue el abandono de la Iglesia y la decadencia del ser humano con una mirada que se centró en el valor y en el bien de la persona. Esta mirada vino de su experiencia de la Misericordia de Dios que le había transformado y que llenó ese innato sentido de auténtica nobleza, que le dotó de una gran sensibilidad ante las injusticias.

Hoy, también yo debo retornar a la misma fuente y abrir mis ojos, fijarlos allí donde, los que pasan indiferentes, no ven. Y buscar de nuevo, como Eugenio, el Reino de Dios y Su justicia en mí y entre aquellos que nunca pensarían ser capaces de recibirlo.

Oración final

Hoy, me dirijo directamente a ti, S. Eugenio, y te pido que me muestres una vez más cómo mirar el mundo y sus habitantes, igual que tú lo hiciste. Intercede por mí para que pueda seguir tu ejemplo y convertirme, yo también, en un hombre que mira el mundo con los ojos de Jesús Crucificado (cf. C. 4).

¹³ *Instrucciones familiares en provenzal, dadas en la Magdalena en 1813.* En E.O., I, 15, n. 114

¹⁴ *Al P. Tempier en Marsella, 23 de Agosto de 1835.* En E.O. I, n. 536

Que pueda conocer más profundamente lo que viven cuantos me rodean; que pueda comprender lo que están sufriendo y, especialmente, lo que están llamados a ser, cómo Cristo les ve, Él que se sacrificó por ellos al precio de Su sangre.

Que pueda ser consciente de las injusticias que excluyen a los pobres y aplasta al débil; que pueda compartir el peso que lleva quien no tiene amigos entre los poderosos, quienes están fuera del juego del poder y del prestigio social, aquellos cuya voz no es oída en las plazas públicas y ni los centros comerciales del mundo.

Que yo también pueda esforzarme por ser honesto y justo; que no me deje arrastrar por los caminos del compromiso y de la falsedad. Sé que sólo así estaré cerca de los que, como tú, estáis hambrientos y sedientos de la justicia del Reino de Dios.

Llévame por tus calles; mirémonos a los ojos, reconozcámonos tú y yo y pidamos al Señor que traiga a nuestras filas a otros apóstoles con una mirada como la tuya.

*Oh Jesús que vives en María,
ven y vive en tus siervos con el espíritu de tu santidad,
con la plenitud de tu poder, con la realidad de tus virtudes, con la perfección de tus caminos,
y la comunión de tus misterios;
reprime todos los poderes hostiles, por tu Espíritu,
para gloria del Padre. Amen.*



Quinto día

AMIGOS DE LOS POBRES

Ministros de la Misericordia



Introducción

Incluso de niño, Eugenio era amigo de los pobres. Él mismo nos dice que amaba a los criados que trabajaban en su casa como si fueran familiares y amigos queridos. Incluso en su última Voluntad, pidió que, con ocasión de su funeral, dos pobres de cada parroquia de la diócesis fueran parte del cortejo.¹⁵ Siempre quiso rodearse de ellos. Sabía que por vocación, era “siervo y sacerdote de los pobres” y él mismo vivió como un pobre. Sabía que Jesús les amaba profundamente y estaba preocupado por las múltiples formas de pobreza que existían en el mundo entre las miserias de los seres humanos.

Su deseo iba más allá del simple ejercicio del ministerio entre los pobres. Les veía en el centro mismo de la misericordia de Dios y, por tanto, su proyecto de vida era el mismo que el de Cristo, que proclamó: “me ha enviado para anunciar la Buena Noticia a los pobres” (Lc 4, 18) y “Misericordia quiero...” (Mt 9, 13).¹⁶

Tenía una especial consideración con las almas más abandonadas, aquellas que no podían esperar ayuda alguna, las veía como la parte más preciosa de la Iglesia. Eugenio vivió cerca de los pobres y los pecadores con un gran respeto por su dignidad, como un hermano, un padre, un amigo. Igualmente, los Oblatos desearon estar siempre cerca de los pobres con sus miles rostros, les prefirieron y, como la Divina Palabra, plantaron su “tienda” entre ellos. (cf. Juan 1, 14)

Oración inicial

Señor Jesús, que en la sinagoga de Nazaret hiciste tuyo el plan misericordioso del Padre de llevar a los pobres la Buena Noticia del Reino; ayúdame a comprender quiénes son los pobres, a quiénes me quieres enviar; ayúdame a descubrirles también entre los que viven cerca de mí y a comprender que yo también soy como ellos, y que cuanto he recibido, lo he recibido como una gracia que debo compartir.

Dame el corazón de un hombre pobre, capaz de apreciar cada cosa y a cada persona; dame un corazón que me arrastre una vez más hasta el sufrimiento de los hombres y me urja a ofrecerme en su ayuda, para cuidarles, curarles, perdonarles, con el suave óleo de tu Espíritu sanador y el vino de tu sangre derramada por todos nosotros y mezclada con la mía.

La Palabra de Dios

Al ver a la gente, sintió compasión de ellos, porque estaban cansados y abatidos como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: “La mies es abundante, pero los obreros son pocos. Rogad por tanto al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.” (Mt 9, 36-38)

Al ponerse el sol llevaron ante Jesús enfermos de todo tipo; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los curaba. (Lc 4, 40)

¹⁵ Extracto de su Última Voluntad. En E.O., I, 15, n. 191

¹⁶ Cf. M. Bélanger, “Regina Congregationis nostrae I et II. Réflexions sur notre vocation et notre esprit marial”. *Études Oblates* (1944), n. 2, pp. 128-129.

De los escritos de S. Eugenio

Tendrán entrañas de caridad para la miseria de los pobres y se estimarán felices pudiendo aliviar, en sus necesidades, a esos miembros dolientes de Jesucristo.¹⁷

Estas visitas (a las familias durante las misiones) no eran especialmente agradables, pero eran muy importantes porque acercaban a los misioneros a la gente a la que querían evangelizar. Se presentaban con todo el candor de la caridad, capaz de hacer todo a todos.¹⁸

Para la meditación

En su primera concepción de la comunidad oblata, Eugenio quería que sus compañeros dedicaran una parte de su tiempo al trabajo misionero, con un celo fuera de lo común, y la otra parte preparándose para convertirse en “dignos ministros de las misericordias de Dios por la humanidad”¹⁹.

Por esto, mi espontaneidad y la generosidad de mi pobre corazón humano no son suficientes; debo prepararme para encontrar a los pobres en sus múltiples aspectos, a los que el Señor quiere que visite. Debo trabajar hasta convertirme en un humilde siervo, un mensajero de la misericordia de Dios para con ellos.

Debo cuidar mi comportamiento, hacerme más como Cristo, hacer míos sus sentimientos, liberarme de toda búsqueda de honor personal, de estima, de alabanza. Debo ser pobre en espíritu y en las cosas superfluas que me lastran en la vida. Cuanto más contemple el crucifijo, mejor redescubriré que debo echarme a un lado para estar con Él, como Su Madre, como el discípulo amado, en oración silenciosa, escuchando respetuosamente Su corazón destrozado y el corazón de los pobres a los que ama.

Oración final

¿De quién pudo haber aprendido el Señor Jesús a estar cerca de los pobres si no de ti, Madre de Misericordia? Esto te pido de ti, recurriendo a sus últimas palabras: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, para poder hacer de ti mi más íntima posesión, en lo más profundo de mi ser. Ayúdame a aprender lo que significa “misericordia quiero”; modela mis sentimientos y haz que estén llenos de misericordia. Sé tú mi madre en cada acontecimiento de mi vida.

Acompáñame hasta las casas de los pobres, entre las almas abandonadas, hasta aquellos que están en peligro. Enséñame tus caminos; ayúdame a atraerles con ternura y con la fortaleza de tu Hijo, para que pueda hacerles sentir el amor verdadero y liberarles de las seducciones vacías del maligno, de los viejos hábitos del mal y de la agitación interna.

Haz de mí un amigo de los pobres como hiciste con tu Hijo y con Eugenio y abre una vez más el camino a aquellos que también quieren estar ahí. Tráelos hasta nosotros, para que sean tus amigos y ministros de las misericordias de Dios.

Ven, padre de los pobres,
Ven, dador de los dones,
Ven, luz de los corazones.



¹⁷ *Resumen del reglamento de vida de los Señores congregacionistas de la juventud cristiana*. En E.O., I, 15, n. 135

¹⁸ Cit. en J. Leflon. *Eugène de Mazenod...* vol. II, Paris 1960, p. 104

¹⁹ Cf. *Al P. Nicolas Riccardi, en Marsella*, 17 de Febrero de 1826. En E.O., I, 7, n. 225

Sexto día

HUMILDE *Oblatos de María*



Introducción

Su filial consagración a María Inmaculada da a los Oblatos un estilo particular que hace que se les distinga por su simplicidad, humildad, amor al servicio y modestia. Es esto lo que les hace entrar de puntillas en las vidas de los demás, haciéndoles atentos a las necesidades ocultas como sucedió en Caná de Galilea. (cf. Juan 2, 3)

Esto hace que amen reflexionar y meditar de los acontecimientos de la vida (cf. Lucas 2, 19) hasta convertirse, como ella, en contemporáneos y cooperadores de la historia sagrada de Dios y de su plan misericordioso. La humildad de María es, por tanto, su ideal durante toda su vida, hasta convertirse en “cooperadores del Salvador”, que siempre escoge a los más pequeños para su obra.

Oración inicial

Señor, Tú nos pides que aprendamos de Ti que eres manso y humilde de corazón, ayúdame a vivir como los pobres en espíritu a quienes declaraste benditos, a los que son conscientes de que vienen del polvo y que sin Ti nada pueden. A los que has prometido Tu reino.

Haz que recuerde siempre quién soy yo y de dónde vengo, haz que en todo momento sea consciente de que todo lo que soy y tengo lo he recibido de Ti; de que no soy más que ningún otro; de que Te debo todo a Ti y de que a Ti debo devolverlo todo.

Haz que sea como esos siervos que son felices por haber hecho lo que debían, sin pretensiones, sin más expectativas. Haz de mí un ser humano, uno más como los demás, sin privilegios, como el más sencillo y despreocupado de todos.

Sólo así podré romper el pan de la Palabra, como Tú hiciste con los trabajadores, entre las amas de casa, en medio de cada pueblo, de cada raza, con el débil de cualquier clase, como S. Eugenio mismo buscó hacer cuando optó por predicar en provenzal, sin buscar la vanagloria, sino para llegar al corazón de cada persona.

La Palabra de Dios

Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas. (Mt 11, 28ss)

Así también vosotros, cuando hayáis hecho lo que se os mande, decid: “Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer.” (Lucas 17, 10)

De los escritos de S. Eugenio

Tened siempre en el corazón y en los labios esas hermosas palabras del Apóstol: “Somos siervos inútiles; hicimos lo que teníamos que hacer.” [...] desaparezcamos a nuestros propios ojos, y cuidemos de no pedir nada a los hombres, no queremos más sus elogios, su admiración, etc. que su dinero.²⁰

²⁰ A Mons. Dassy, at N.D. de l'Osier, 27 de Julio de 1841. In E.O., I, 9, n. 733

Toda mi confianza está en Dios, motivo de más para utilizar sus dones. Luego cada uno debe volver sobre sí mismo y no apropiarse de nada de lo que ha recibido. Toda gloria debe remontar a su fuente, *solo a Dios honor y gloria.*²¹

Para la meditación

No debo tener miedo de considerar cuidadosamente mi humanidad y mi historia personal porque es precisamente ahí donde se encuentra mi identidad y mi misión. Debo reconocer mis límites porque en ellos queda ocultada mi vocación.



En este sentido me está invitando Jesús cuando dice: “Ve, tu fe te ha salvado”. El humilde es el que reconoce el esplendor de la verdad de Dios en sí mismo y en su vida. El don que puedo hacer de mí mismo será “sincero” en la medida en que en que sea un espontaneo reconocimiento, una “obediencia” y después, un “asentimiento” y una “genuflexión” ante tal verdad. Debo habitar en esta verdad de Dios para encontrarme conmigo mismo y con el prójimo, no desde las falsas hipocresías y conveniencias, sino desde la misericordia que acoge, incluye y desborda a todos.

Oración final

Oh María, que te declaraste la sierva del Señor y que no esperaste de Él más que comprender un poco mejor lo que Él estaba haciendo,

Que aceptaste dar al mundo a un Hijo que viene de Dios, sin preocuparte por la vergüenza ni los juicios humanos,

Que aceptaste a José como marido, confiando en su justicia,

Que aceptaste dar a luz tras un duro viaje lleno de dificultades, sin ningún familiar que te acogiera en su casa, y luego huiste de Nazaret a una tierra desconocida,

Que seguiste a tu Hijo, convirtiéndote en su discípulo, tú, que le habías enseñado todo,

Que te has debido sentir desconcertada y desplazada como tantos otros,

Que nada pudiste hacer para salvarle de las manos de los demás y que no le negaste nada, ni siquiera cuando hizo de ti nuestra madre.

Ayúdame a aceptarte en mi vida y aprender de ti que eres sencilla y humilde de corazón como Él. Dame la humildad que te valió para ser la madre de todos, hermana de todos, sin honores, sin títulos, sin rangos, sólo con el don de mí mismo, para hacer simplemente lo que se me ha pedido que haga. Danos otros hermanos así, que vengan a vivir a nuestra casa, como si se tratara de tu casa de Nazaret, para aprender ahí la práctica y la alegría secreta de la oración, del silencio, del servicio y del compartir.

Oh luz beatísima,

*Entra hasta lo más profundo
del corazón de tus fieles.*

Sin tu fuerza,

no somos nada,

sólo culpabilidad.

²¹ Al P. Baret en N.D. de Clery, 22 de Junio de 1854. En E.O., I, 11, n. 1213

Séptimo día

FRATERO

Hombres de comunidad



Introducción

Pedir a Dios que envíe más trabajadores a la mies y a nuestra Congregación no es la única cosa que necesitamos hacer. No basta con construir una casa; es necesario vivir en ella y vivir bien, para que otros también estén felices de vivir ahí. Orar por las vocaciones, por tanto, significa cuidar que quien pertenece ya a nuestra familia no tenga que abandonarla defraudado.

Si oramos, también tenemos que trabajar para edificar aquello por lo que hemos orado; también tenemos que colaborar y no quedarnos atrás en la preparación de la casa para quien quiera venir. Es una cuestión de trabajar no sólo como constructores, sino también como granjeros, viticultores, que cuidan de la viña del Señor, de las viñas con sus nuevos brotes, para que todos permanezcan unidos a la única rama. Quiere decir cooperar para hacer realidad un mundo de buenas relaciones, en el que podemos crecer juntos como hermanos. Sólo así podremos invitar a otros a nuestra fiesta de perdón y amistad y beber juntos el vino nuevo de la caridad recíproca.

Oración inicial

Oh Señor que mandaste a tus discípulos que se amaran los unos a los otros como Tú les habías amado a ellos y que se perdonasen unos a otros hasta setenta veces siete, enséñame los caminos del amor y de la misericordia; abre mi corazón; que pueda encontrar el tiempo para estar con mi hermano, especialmente cuando vea que está cansado, desanimado, tentado, cuando le vea encerrado en su orgullo, en su vergüenza, cuando no sepa cómo pedirme ayuda y oculte lo que le aparta de mí.

Enséñame a perdonarle si ha sido más honrado que yo o si prefiere a otros antes que a mí. Enséñame a amarle, a ver toda la belleza y bondad que has puesto en su corazón; enséñame a apreciarle y apoyarle y protegerle de las críticas de los demás. Ayúdame a ser un amigo, un hermano, una madre comprensiva y un padre que le aliente.

Haz así de nosotros la “familia más unida de la tierra”, tal y como Eugenio nos veía, una familia de misioneros y siervos de la misericordia, de tu Palabra de amor y de verdad.

La Palabra de Dios

Porque donde hay envidia y ambición, allí reina el desorden y toda clase de maldad. En cambio, la sabiduría de arriba es en primer lugar intachable, pero además es pacífica, tolerante, conciliadora, compasiva, fecunda, imparcial y sincera. En resumen, los que promueven la paz van sembrando en paz el fruto que conduce a la salvación. (Santiago 3, 16-18)

Entonces se acercó Pedro y le preguntó: “Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano cuando me ofenda? ¿Siete veces?” Jesús le respondió: “No te digo siete veces, sino setenta veces siete”. (Mt 8, 21ss)

Jesús se sentó, llamó a los doce y les dijo: “El que quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos”. Luego tomó a un niño, lo puso en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo: “El que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, no es a mí a quien acoge, sino al que me ha enviado”. (Marcos 9, 35-37)

De los escritos de S. Eugenio

Tened un mismo espíritu; toleraos unos a otros; aunque no todo salga a vuestro gusto, guardaos de las habladurías. Decíos las cosas que creáis convenientes con suavidad, sin tensión ni amargura. Si

no se aceptan, seguid tranquilos y no os apartáis de la obediencia. Fuera personalismos, fuera susceptibilidad; haya sinceridad, franqueza, sencillez dulzura y, sobre todo, caridad, “*cuanto hagáis, hacedlo con amor.*”²²

Ese amor más que paternal del superior para los miembros de la familia, esa correspondencia cordial de los miembros al superior que establecen entre ellos relaciones que nacen del corazón, y que forman entre nosotros verdaderos lazos de familia de padre a hijos y de hijos al padre, eso no lo he encontrado en ninguna parte. [...] Digo que este sentimiento, que reconozco viene de Aquel que es la fuente de toda caridad, es el que ha provocado en los corazones de mis hijos esa reciprocidad de amor que forma el carácter distintivo de nuestra amada familia.²³

Para la meditación

Antes de ser padres, somos hermanos. La fraternidad es un extraño vínculo. Es posible ser hijos del mismo padre y de la misma madre, y ser, uno y otro, inmensamente diferente. A veces, la confrontación, los celos o el dominio de uno sobre el otro pueden parecer inevitables. Jesús inició un tipo de fraternidad diferente: hijos del mismo Padre sin ningún otro vínculo que el de haber sido engendrados no por voluntad de hombre, sino de Dios. (cf. Juan 1, 12ss)



Al juntarnos en comunidad parece como si fuéramos llamados a revivir de Nuevo las experiencias que vivimos en nuestras familias naturales y dejar que éstas sean sanadas, completadas, afectadas por los nuevos lazos fraternos. Y es así como nos convertimos en padres espirituales: necesitamos primero sanar nuestra fraternidad desde nuestro ser hijos de Dios y, luego, crecer, ser misericordiosos como el Padre, como Jesús, como Él nos indica en sus numerosas enseñanzas a sus apóstoles.

Necesito volverlas a leer; comprender que es necesario estar vigilante y trabajar para que mi comunidad no sea sólo un lugar para descansar y comer, pasando por ella indiferentemente, un lugar donde pernocto periódicamente mientras el resto de mi vida se desarrolla en otro sitio. Necesito hacer de mi comunidad un hogar, una familia de hermanos, como quería Eugenio.

Oración final

Enseñanos, Señor, a ser hermanos entre nosotros al igual que enseñaste a tus apóstoles y según el deseo de S. Eugenio. Ayúdame primero a estar en mi comunidad y a vivir completamente en ella. Ayúdame a que mi atención no esté puesta en quien es el más grande, el mejor, en mi prestigio, sino en aquel niño pequeño puesto en medio de los apóstoles. Ayúdame a acoger al otro, abrazando su humanidad, su debilidad, sin pretensiones. Cúrame de mi necesidad de estar en el centro. Ayúdame a ponerme al servicio de la fraternidad, para que crezca, madure, sea más profunda.

Envía entre nosotros, Señor, hombres que sean por encima de todo hermanos, amigos sinceros y fieles, compañeros nuestros en Tu seguimiento, Tú que no viniste a ser servido sino a servir y a dar Tu vida.

Oh Dios, que eres Caridad. Concédenos que tus hijos, reunidos en tu nombre y alimentados con tu pan, nos amemos unos a otros como tú nos has amado, para que la presencia viva de Cristo en medio de nosotros traiga paz y alegría a nuestros corazones, y a todos los hombres los frutos de tu redención.

²² Al P.. Honorat, en París, 9 de Octubre de 1841. En Selección de Textos, 341.

²³ Al P. Mouchette, en Montolivet, 2 de Diciembre de 1854. En E.O., I, 11, n. 1256

Octavo día

LLENO DE CELO

Dedicado a la Misión



Introducción

Cuando Jesús nos pidió que orásemos al Padre para que enviara trabajadores a su mies, insistía en que esos hombres debían estar inspirados en Él y “sacados de sí mismos”. Salir, ser enviados a la misión es el resultado de una fuerte inspiración de salir de uno mismo como si se fuera a otro lugar. Esta inspiración es el celo misionero que proviene de un corazón apasionado, habitado por el Espíritu Santo y que lleva a los misioneros a dejar sus propias familias, sus países, sus hábitos y culturas para salir a otros lugares en los que se desea proclamar el Reino.

El celo se expresa como un dedicarse, estar preocupado, lealmente comprometido, sin buscar intereses personales, en el servicio fiel a aquellos a los que se es enviado. Implica preocupación por esa gente y el deseo, típico de los Oblatos, de ir hasta ellos especialmente cuando están solos, excluidos, abandonados a sí mismos sin nadie que cuide de ellos. Para nosotros un celo así hunde sus raíces en nuestra oblación, en el don sincero de nosotros mismos y toma cuerpo especialmente en la caridad fraterna (cf. CC. 22 y 37), fieles al Testamento de S. Eugenio.

Nuestra comunidad es el primer lugar en el que debemos salir de nosotros mismos para ir a encontrar al otro y nuestra misión proviene del corazón oculto de esa comunidad, como el resultado del trabajo del Espíritu en cada persona y en sus relaciones fraternas.

Oración inicial

Señor Jesús, Tú me llamas a unirme a Tu misión; dame la fortaleza del Espíritu, que me envía fuera, más allá de mí mismo, en un movimiento que se hace condición del don constante de mí mismo. Sostenme cuando esté cansado; mantenme siempre en movimiento, incluso cuando necesite pararme. En cambio, ayúdame a que cada momento de descanso se convierta en una ocasión para regresar a mi comunidad, como si de una pequeña Nazaret se tratara, donde pueda ser más como tú en la oración, en el estudio, en el silencio, junto con mis hermanos y unidos a ellos en la caridad.

Dame un corazón atento a la suave y misteriosa brisa de Tu Espíritu (cf. 1 Reyes 19, 12ss) que me muestra la forma de no pararme; ayúdame a ver ahí la llamada que proviene de esa parte de la Iglesia que, como la esposa abandonada, aún hoy nos dice a los Oblatos: “¡Ven!” (cf. Ap 22, 17)

La Palabra de Dios

Porque el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. Así que, en adelante, ya no conocemos a nadie según la carne. Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así. Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. (2 Cor 5, 14-19)

De los escritos de S. Eugenio

El que quiera ser de los nuestros, deberá arder en deseos de la propia perfección, estar inflamado en amor a Nuestro Señor Jesucristo y a su Iglesia, y en celo ardiente por la salvación de las almas.²⁴

Para la Meditación

El celo es una respuesta de toda nuestra persona cuyo origen reside en el espíritu de oblación y que pasa a ser de repente una respuesta creativa y activa a la inspiración interior que empuja a uno a la misión. Cuando el Señor por vez primera envía a los apóstoles a la misión, les envió a la oveja perdida de Israel; así, con el don del Espíritu Santo, les envió a cada criatura de todo el mundo. Así es como sucedió con S. Eugenio que escribió en la primera Regla que, si de momento tienen que limitar su celo a los pobres de nuestros campos, la ambición de los misioneros debe “abarcarse, en sus santos deseos, la inmensa extensión de la tierra entera”.

Debo regresar a la oración para escuchar al espíritu que me alienta y me compromete, para dejar que me saque de allí y, sobre Sus alas, alcanzar los lejanos mundos, fuera de mí mismo, más allá de los horizontes cotidianos. Debo preguntarme cómo alimento mis deseos, si los aliento dejando que el Espíritu obre en mí. Debo recordarme que mi celo necesita de la pasión espiritual y de la caridad fraterna; necesita una oblación más profunda y auténtica de mí mismo.

Oración final

Señor, a ti confío mis hermanos que están en la misión, a los más solos, a los más cansados, a aquellos que se sienten abandonados a su suerte ante un inmenso mar de necesidades y dificultades. Te confío a aquellos que confían sus vidas, dedicados continuamente a aquellos a los que son enviados a pesar de la enfermedad, con fidelidad, con cuidado, con amor, como si fueran su misma familia, sus hijos. Te los confío a ti porque han abandonado tierra y familia para ir a países a menudo inhóspitos, sin recursos.

También te confío a mi comunidad; hazla más misionera, más encendida en el deseo de ir a los que están esperando Tu venida aún sin saberlo. Tú enviaste a tus apóstoles la primera vez de dos en dos; no



dejes que olvidemos que no podemos dejar a ninguno de los nuestros solos. No dejes que nos engañemos peleando nuestras batallas, nuestras misiones sin los otros. No permitas que olvidemos que necesitamos a los otros y que el mundo no nos necesita a nosotros, sino a Ti, Tú que quisiste permanecer en Nazaret con tu familia y que, cuando llegó el momento de salir, no permaneciste solo, sino que llamaste desde el primer momento a tus apóstoles para construir con ellos la barca en la que navegar juntos por el mundo: Tu Iglesia.

*Señor, ayúdame.
Sólo Tú puedes fortalecer mi alma;
Sólo Tú puedes renovar en lo más profundo de mí
el fuego sagrado de Tu amor
que debe, antes de nada,
inflamar mi corazón y derramarse,
a través de mi ministerio,
a las almas que me has confiado.*

(St. Eugene)

²⁴ *Constituciones y Reglas de 1853*

Noveno día

AUDAZ

Lo intentan todo



Introducción

Los Oblatos lo intentan todo para suscitar o despertar la fe y revelar quién es Cristo (cf. C. 7). En la Regla de 1825, San Eugenio había recalcado este compromiso personal con la frase: “Nihil linquendum inausum” – hay que intentarlo todo. Se trata de pensar en todo, de intentar una y otra vez, de inventar y reinventar los caminos, los métodos, de adaptarlos a esas personas, a esos lugares, a esa cultura o subcultura a la que somos enviados. Se trata también de no rendirse ante las primeras dificultades y de afrontar con valentía los peligros y las dificultades encontradas.

Para todo esto, es necesario creer firmemente que uno ha sido enviado por Jesús, estar seguro de que es Su voluntad hacer precisamente lo que se está haciendo y que, por tanto, tiene poco que ver con los deseos humanos. Sólo un gran amor, una inmensa certeza interna puede producir tal resolución. No puede tratarse de un simple gusto por la aventura o de terquedad por triunfar en nuestro proyecto. Es sólo sobre esta certeza, sobre la Palabra del Señor, que se fundamenta la audacia misionera.

Oración inicial

¡Oh, apóstoles del Señor! San Eugenio, tantos santos amados por Él, tú que has abierto de par en par los más diversos caminos al anuncio del Reino en tu tiempo, intercede por mí, por nosotros, para que podamos seguir tus pasos y, hoy, con la necesaria audacia, abrir nuevos caminos para llegar hasta la gente de nuestro tiempo, allí donde el Señor quiera enviarnos.

Ayúdame con tu ejemplo a confiar en Su Palabra, a tener siempre ante los ojos el plan de lo que debo hacer: el bien de aquellos a los que he sido enviado; con audacia, valentía, intentándolo todo, creyendo que Él mismo, con Su providencia, me hará encontrar a aquellos que me ayudarán y me guiarán a preparar un lugar en el que encontrarle, aún hoy, con los pobres del mundo, los hambrientos de Su pan y Amor.

La Palabra de Dios

Jesús envió a Pedro y a Juan diciendo: “Encargaros de prepararnos la cena de pascua.” Ellos le preguntaron: “¿Dónde quieres que la preparemos?” Les respondió: “Al entrar en la ciudad, encontraréis a un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo hasta la casa donde entre, y decid al dueño de la casa: El Maestro dice: “¿Dónde está la sala para celebrar la pascua con mis discípulos?”” (Lucas 22, 8-11)

Los viajes han sido incontables; con peligros al cruzar los ríos, peligros provenientes de salteadores, de mis propios compatriotas, de paganos; peligros en la ciudad, en despoblado, en el mar; peligros por parte de falsos hermanos. Trabajo y fatiga, a menudo noches sin dormir, hambre y sed, muchos días sin comer, frío y desnudez. Y a todo esto añádase la preocupación diaria que supone la solicitud por todas las iglesias. (2 Cor 11, 26-28)

De los escritos de S. Eugenio

Le dije [...] que hay que ir preparando el camino si se quiere conseguir algo, basándonos en el pasaje de San Ignacio, que en todas las cosas se ha de poner la confianza en Dios como si no pudiera

esperarse nada de los hombres, y que hay que obrar con perseverancia, poniendo en juego todos los medios humanos, como si Dios no interviniera para nada.²⁵

No hay que volverse nunca atrás ante el trabajo, ni asustarse jamás. Ahí está Dios para inspiraros y nuestra Madre para asistirlos. Horror a la murmuración y al decaimiento; se estropea todo con ello y no se sabe actuar ya. [...] Cuando uno puede decirse que está allí donde la obediencia le ha colocado, que hace lo que nos prescribe, se es fuerte y se puede estar tranquilo y bien en calma.²⁶

Para la meditación

Pienso en con cuánta frecuencia me rindo ante la indiferencia del mundo. Me digo a mí mismo que la gente tiene poco tiempo; a los jóvenes les interesan otras cosas; han perdido el valor de lo sagrado; los problemas de la sociedad son demasiado difíciles como para que alguien piense en la fe. Así que me rindo y me voy a casa, alicaído y lleno de cinismo. Pero con el Señor, todo es posible de nuevo. Él sigue hablando a la gente de hoy; Él no está hoy menos presente que antaño.

Tenemos que traer hasta Él todas estas situaciones nuevas y las condiciones en las que vivimos y mirarlas con los *ojos del Espíritu*, con la mirada de Eugenio, y tener la valentía de tomar nuevas elecciones. Debemos juntarnos más para rezar, para creer, esperar, planificar. El Señor aún puede hacer brotar agua de la roca, sugerir las palabras acertadas, abrir el camino, encontrar a la persona a la que ha escogido para esto. Así que, ¿por qué tener miedo?

Necesito estudiar la vida de San Eugenio y de los Oblatos que le siguieron, como él mismo sugería, y de tantos santos que todavía pueden mostrarme cómo actuar, cómo ser un apóstol hoy.

Oración final

Oh María, al final de esta novena, nos volvemos a ti para pedir, con tu ayuda, la llegada de nuevos apóstoles a nuestra familia. A tu manera, tú también fuiste valiente y audaz: tan pronto como supiste por el ángel de tu prima, saliste con presteza, a pesar de los peligros e inconvenientes.

Tú confiaste en la Palabra que oíste y en la que creíste, y en tu Hijo recién concebido ya en tu seno; pronta a hacer oír Su voz a través de la tuya (Lucas 1, 44), dispuesta a traer la alegría al mundo, el gozo a los pobres que, en ti y en Él, ven el comienzo de los tiempos de su redención largamente esperados y encuentran fortaleza y confianza al meditar cómo la misericordia de Dios se difunde de generación en generación.

Dame y da a todos nosotros esta valentía, esta audacia; haz de nosotros tus misioneros, tus Oblatos, y ora por nosotros para que otros puedan pronto unirse a nosotros para proclamar contigo la grandeza de Dios que hace grandes cosas por los que Él ama y Le sirven con sincero corazón.

*Oh Señora mía, Santa María, lleno de confianza en ti,
A tu especial cuidado y amorosa misericordia me confío hoy,
Todos los días y en la hora de mi muerte;
Te confío mi alma y mi cuerpo, mis esperanzas y alegrías,
Mis penas y miserias, mi vida y el fin de ella,
Para que por tu santísima intercesión y por tus méritos,
Todas mis acciones sean dirigidas y gobernadas
Según tu voluntad y la de tu Hijo. Amén.*



²⁵ Al P. Tempier, en Roma, 18 de Junio de 1832. En E.O., I, 9, n. 425

²⁶ Al P. Arnoux, en Inglaterra, 24 de Enero de 1852. En E.O., I, 3, n. 53